

TRANSPORTANDO EL PENSAMIENTO

Jesús Sánchez Miñana
jsm@etsit.upm.es

OLIVÉ ROIG, Sebastián (2004) *El nacimiento de la telecomunicación en España. El Cuerpo de Telégrafos (1854-1868)*, Cuadernos de Historia de las Telecomunicaciones, nº 4, Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Telecomunicación, Universidad Politécnica de Madrid, FUNDETEL, 310 páginas.

El 2 de diciembre de 1854 Francisco Santa Cruz, Ministro de Fomento, presentaba a las Cortes Constituyentes de la Revolución un proyecto de ley general sobre ferrocarriles, y poco después, el 15 de enero de 1855, otro para establecer "líneas electro-telegráficas" entre Madrid y las capitales de provincia de la Península. No es de extrañar, pues, que en esta segunda comparecencia inscribiera ambas iniciativas en un continuo de progreso: "... en tanto que la locomoción por los ferrocarriles se encarga de acortar las distancias para trasladar los objetos materiales, la telegrafía eléctrica lleva el pensamiento, suprimiendo las distancias".

Hoy, sin embargo, a diferencia de lo que sucede con los ferrocarriles y otros campos de la actividad de la ingeniería, la historia de las telecomunicaciones en España está en sus comienzos, y motiva sólo a unos pocos investigadores que desde hace algo más de una década se empeñan en componer, desde diferentes perspectivas, una imagen de este importante aspecto de nuestro pasado. Olivé, iniciador de este movimiento con su libro fundamental *Historia de la telegrafía óptica en España* (1990), hoy completamente agotado, ofrece ahora con *El nacimiento de la telecomunicación en España*, una nueva síntesis del periodo inmediatamente siguiente, correspondiente a la implantación y primer desarrollo del servicio estatal de la telegrafía eléctrica, desde la terminación de la línea de Madrid a la frontera de Irún en 1854 hasta la Revolución de Septiembre.

La delimitación temporal del nuevo trabajo de Olivé no es casual, pues en el periodo estudiado no solamente se establece y consolida la nueva tecnología de comunicaciones, sino que, sobre todo al final del mismo, se apuntan las constantes de la gestión por el Estado de su desenvolvimiento en el resto del siglo y más allá: prioridad a la función de control del orden público, con

su secuela de destecnicación del cargo de Director de Telégrafos, por el que pasan fugazmente políticos o aspirantes a serlo; desinterés por la calidad del servicio que se refleja en la casi constante insuficiencia presupuestaria; y renuncia a utilizar la inversión para promover conocimiento y tecnología propios, que, acoplada con la oposición de las ingenierías establecidas, frustra las expectativas de creación de un nuevo Cuerpo facultativo superior dedicado a la electricidad.

El libro recuerda en su breve capítulo I los momentos iniciales de la telegrafía eléctrica en diversos países y sus primeros pasos en España, interrumpidos desde los supuestos ensayos de Betancourt y los ampliamente documentados de Salvà, todos en torno a 1800, hasta la segunda mitad de la década de los cuarenta, cuando vuelven las noticias de constructores de aparatos, como Agell y los relojeros valencianos, y los primeros años cincuenta, en que se establecen pequeñas líneas como la del ferrocarril Madrid-Aranjuez o la de Bilbao-Portugalete para el servicio del tráfico marítimo en la ría. Por otra parte, el capítulo incluye entre los antecedentes el telégrafo óptico del Estado que, no obstante su distinta naturaleza y no haber sido nunca abierto al público, constituirá en España el embrión del eléctrico, al proporcionarle su primera base organizativa y humana.

Olivé distingue tres etapas sucesivas en la creación de la red telegráfica española, que llama de "coexistencia" (1852-1857), "crecimiento" (1858-1864) y "asentamiento" (1865-1869), y a cada una dedica, respectivamente, los capítulos II, III y IV. La etapa de coexistencia de la telegrafía eléctrica con la óptica, que progresivamente va a ir cayendo en desuso, comienza con los preliminares y construcción de la línea eléctrica de Madrid a la frontera de Irún por el brigadier Mathé y sus telegrafistas ópticos de Gobernación. A su inauguración, tras la Revolución de Julio de 1854, sucede la frenética actividad de los contratistas, desencadenada por la ley de 22 de abril del año siguiente y gestionada por Fomento, que consigue dotar al país de una red básicamente radial que en los primeros meses de 1858 enlaza Madrid con todas las capitales de provincia no insulares. En la etapa de crecimiento, nuevas contrataciones otorgadas mediante subasta por Gobernación, al que han vuelto las competencias de construcción de líneas, complementan la estructura radial con enlaces transversales de modo que desde Madrid pueda llegarse a buen número de capitales de provincia por dos caminos distintos, dando de paso servicio a zonas hasta entonces no cubiertas. Pero el proyecto estrella es la comunicación con las Baleares, que se logra en 1860 utilizando cuatro tramos de cable

submarino Jávea-Ibiza, Ibiza-Mallorca, Mallorca-Menorca y Menorca-Barcelona, complementados con líneas terrestres que atraviesan las islas. En la tercera etapa, cuando al entusiasmo inicial por la modernización de las comunicaciones sucede en los gobiernos la preocupación por el coste de sostener lo hecho, o incluso la inclinación a considerar el telégrafo como una renta del Estado en lugar de un servicio, “asentamiento” es una palabra piadosa para describir una situación que el lector percibe como de estancamiento si no de franco declive.

En estos tres capítulos dedicados básicamente al desarrollo de la red telegráfica, acompañados de tablas y mapas, Olivé incluye cortas referencias a aspectos humanos y materiales de su gestión y funcionamiento que tratará después más ampliamente en capítulos específicos, a la vez que relata con detalle algunos hechos notables que se van produciendo y que colorean el proceso. Es el caso, por ejemplo, de la guerra sorda entre Gobernación y Fomento por las competencias en construcciones telegráficas, a una de cuyas escaramuzas correspondería el excelente *Informe de la Real Academia de Ciencias sobre telegrafía eléctrica* (1856), y la defenestración en 1864 por Cánovas, entonces Ministro de la Gobernación, del Director de Telégrafos, Mathé, gestor sucesivamente de las redes óptica y eléctrica. Igualmente el papel jugado por la telegrafía y los telegrafistas en ocasiones tan diversas como la Guerra de Tetuán en 1859-60, las observaciones del eclipse total de sol de 1860, el desembarco en San Carlos de la Rápita del pretendiente carlista el mismo año, y la rebelión en Loja de los campesinos encabezados por Pérez del Álamo en 1861.

El capítulo V se refiere a la organización del servicio telegráfico, estudiada en dos aspectos, la forma de prestarlo y la estructura de su personal. En cuanto a ésta, se analiza detenidamente el primer reglamento del Cuerpo de Telégrafos de 1856, con sus tres grandes grupos de funcionarios –directivo, subalterno facultativo y subalterno de vigilancia y servicio–, destacando el paralelismo en muchos aspectos de sus normas con las establecidas para la telegrafía óptica. Las sucesivas reformas del reglamento, entre ellas la muy fugaz de 1864 que hace de los directivos unos nuevos ingenieros al servicio del Estado, se presentan con claridad, y siempre sin perder de vista su repercusión cuantitativa y cualitativa en la evolución del colectivo original de telegrafistas ópticos. Por lo que se refiere a la explotación del servicio, Olivé distingue tres periodos sucesivos: uno inicial, correspondiente a los meses de 1854 y 1855 en que sólo se cursan telegramas oficiales, que mantiene con pocos cambios el *modus operandi* de la telegrafía óptica; otro más largo que llama

“de transición”, y que abarca la etapa de ensayos que trae la apertura al tráfico de telegramas particulares de la línea de Irún y de las muchas que pronto le siguen, hasta la primitiva configuración de la red en 1858; y finalmente el periodo de “organización estable”, no muy diferente en 1868 –asegura– de la que habría cien años después. Este capítulo termina con la descripción de dos salas de aparatos, “el corazón de la organización telegráfica”, en 1860 y 1861, datos estadísticos de tráfico, con interesantes precisiones sobre su interpretación, y relaciones de oficinas telegráficas ordenadas por diversos conceptos.

En el capítulo VI se pasa revista a los medios técnicos utilizados, agrupándolos en tres apartados –líneas aéreas, líneas submarinas y aparatos–, y señalando algunas aportaciones de los propios telegrafistas españoles. El capítulo VII, dedicado a las relaciones externas de la telegrafía del Estado, se ocupa de las que la ligaron con los ferrocarriles, necesitados del mismo medio de comunicación, y de las que desde muy tempranamente tuvo que establecer con otras administraciones para asegurar el servicio internacional. Igualmente describe este capítulo los intentos frustrados de establecer un cable trasatlántico a las colonias antillanas, que habría igualmente enlazado a las Canarias con la Península.

El capítulo VIII, titulado “El telégrafo y la sociedad”, contiene tres apartados. En el primero el autor señala la progresiva consolidación del telégrafo como servicio público, que el Estado presta reservándose amplias potestades de control de la información, como la censura de los telegramas, enduécida en la época estudiada con el paso de los años. El apartado segundo del capítulo describe la evolución de las partidas presupuestarias de material y personal, así como de la recaudación obtenida y el correspondiente déficit, en un contexto de crónica penuria que hace que al entusiasmo inicial por la creación de la red telegráfica suceda rápidamente la preocupación por la carga económica que su explotación conlleva. La situación a la que se llega está descrita muy gráficamente: “Los diputados entendían que se despilfarraba el dinero, puesto que las líneas se caían, mientras que los telegrafistas entendían que las líneas se caían porque tenían escaso presupuesto para mantenerlas correctamente”. Las causas del déficit se estudian en el apartado tercero, poniendo al descubierto mediante la elaboración de los datos disponibles tres hechos fundamentales: la continua bajada de las tarifas; el enorme tráfico de telegramas “invisibles” de escala, es decir, aquellos que para que llegaran a su destino debían repetirse o volverse a transmitir en determinadas estaciones, debido tanto a la estructura de la red como a su mal mantenimiento; y

el también considerable tráfico de telegramas oficiales, que no se cobraban pero tampoco, al parecer, se tenían en cuenta al discutir sobre la rentabilidad del servicio.

El capítulo IX, "Los telegrafistas", último del libro, lo comienza Olivé analizando la visión que de su misión adquirieron enseguida los componentes del nuevo Cuerpo, bajo la dirección de Mathé, y la percepción que la sociedad fue desarrollando sobre su trabajo. El autor completa esta aproximación de carácter sociológico con alguna información sobre las dos primeras asociaciones de telegrafistas conocidas, el casino o círculo de Madrid y especialmente la sociedad de "Auxilios Mutuos", creada para paliar la precariedad de los derechos pasivos. Igualmente estudia el contenido de la *Revista de Telégrafos* que, tras un primer intento en 1856, comenzó a publicarse regularmente en 1861 bajo los auspicios de la Dirección del Cuerpo.

El nacimiento de la telecomunicación en España es un texto básico para el conocimiento de la implantación de esta tecnología, riguroso a la par que ameno, cuya lectura es altamente recomendable tanto para obtener una visión general del periodo estudiado como para adentrarse por alguno de los muchos caminos que el libro señala a la investigación. Contiene referencias precisas a las diversas fuentes utilizadas y buen número de ilustraciones muy bien elegidas que es lástima que la espartana edición universitaria no haya permitido realzar.